

TRATADO 3^{1/2}

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ENTERRADOR Y FABRICANTE
DE ATAÚDES A MEDIDA Y CÚYA MALA VIDA LE DIO.

POR: SERGIO GRANDE GONZÁLEZ (3º ESO –B-)

Hube de buscar otro amo que me diera cobijo y ese fue un enterrador de Toledo cuyo trabajo era enterrar y hacer ataúdes a medida

Como el trabajo de enterrador no le daba para vivir, decidió que tenía que robar. El enterrador, que aún su nombre desconozco, a pesar de que servirle más de un mes con él, entraba en casa de los nobles y de la gente adinerada: alguaciles, curas, arciprestes y toda la corte.

Lo conocí una noche en que estaba yo en cama de mi viejo amo, el escudero. Yo lo quería bien, sepa Vuestra Merced, porque no me pegaba ni me maltrataba, pero lo que deseaba era encontrar un amo rico y que no me matara de hambre, como lo habían hecho ese escudero y el cura de Maqueda.

Cuando el enterrador entró a robar, yo me encontraba despierto y lo sorprendí robando en la alcoba de mi amo. Entonces le dije, todo asustado y empuñando la espada de mi amo:

_ ¿A qué viene usted a estas horas de la noche a casa de mi amo?

Él contestó:

_ Vengo a llevarme unas cosas prestadas

Yo eché una carcajada por lo bajo, pues nada había que robar en la casa de mi amo. Él me dijo enfadado:

_ ¿De qué te ríes?

Yo respondí, sarcásticamente:

_ Aquí no hay nada que robar, aunque mi amo fuera un hidalgo no tenía ni donde caerse muerto.

Ante estas palabras, el enterrador, todo enfurecido, me dio una paliza y me arrastró hacia su caballo.

Cuando recuperé el sentido estaba rodeado de caballos, en lo que parecía un establo. Me encontraba atado de pies y manos con la boca amordazada. Al cabo de unas horas entró por el portón del establo el enterrador, el cual se fue acercando hacia donde yo me encontraba. Al llegar a mi altura, el enterrador me dio dos opciones, una era unirme a él para cometer fechorías y, la segunda, consistía en que yo cavara mi propia tumba con una pala que sostenía con la mano izquierda. Al terminar sus palabras me sacó la mordaza para escuchar mi respuesta.

Yo, sin pensarlo mucho, le contesté que me uniría a él, ya que era demasiado joven para morir. A continuación, el enterrador dijo:

_ Tenemos que abandonar el establo, puesto que pertenece al alguacil de Toledo y que tenemos que marcharnos antes de que nos encuentren.

Al marcharnos ambos teníamos hambre, por lo que decidimos ir a la posada más cercana. Una vez dentro de la posada pedimos sendas jarras de vino, con un estupendo estofado de cordero. Cuando estábamos a punto de terminar la comida, aprovechamos un descuido del posadero para marcharnos del lugar sin pagar.

Nuestro primer robo lo cometimos en casa de Pedro el Grande, un noble con un palacete del que se dice que, en su interior, tiene guardado una fortuna en joyas y monedas de oro y plata.

Cuando llegamos al palacete buscamos la entrada del servicio y vigilamos que no estuviera nadie para poder entrar.

Esperamos hasta que se hizo de noche y entramos por la puerta del servicio, la cual nos condujo hacía la cocina. Una vez dentro de la cocina miramos a través de la puerta para asegurarnos de que no se encontraba nadie en el salón y nos pusimos a buscar por las habitaciones, con cuidado de no ser descubiertos.

Como no encontrábamos nada de valor en las habitaciones, decidimos entrar en la habitación del noble, con la esperanza de encontrar allí una pequeña fortuna.

Abrimos la puerta sigilosamente para que no se despertaran y entramos en la habitación, en la que empezamos a abrir cajones con la suerte de que encontrar joyas de oro. En un descuido tropecé con una silla, la cual cuando cayó al suelo y produjo un fuerte ruido que despertó al noble y a su mujer. Al vernos en su alcoba, la mujer empezó a gritar “¡Al ladrón!”, repetidas veces, mientras su marido se dirigió hacia su espada. Ante ese panorama el enterrador y yo empezamos a correr despavoridos, logrando salir del palacete por los pelos, puesto que el noble nos perseguía con una gran espada en su mano.

Después de unos días, y vendidas las joyas, el enterrador decidió entrar a robar en la casa de un fraile de la Merced que se encontraba cerca de allí.

Al cabo de una hora ya estábamos entrando por la puerta de la casa del fraile. Una vez dentro, empezamos a buscar objetos de valor con tan

mala suerte de que nos avistó una mujer de mala vida que se encontraba en casa del fraile, la cual avisó al fraile y nos encerraron en una habitación. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta. Eran los soldados del alguacil de Toledo que venían a detenernos.

En el calabozo el alguacil llamó primero al enterrador para tomarle la declaración. Después me llamaron a mí. Cuando estuve delante del alguacil le conté que había sido secuestrado en la casa del hidalgo, mi antiguo amo, por mi actual amo, el enterrador, y obligado con amenazas de muerte a ayudarlo a cometer los robos. Al escuchar mi declaración, el alguacil se apiadó de mí, condenándome a servir fielmente al fraile de la Merced.

El enterrador no tuvo tanta suerte y fue condenado a ser ahorcado en la plaza principal del pueblo al mediodía.